

La búsqueda de los orígenes. El reencuentro de las civilizaciones asiáticas en España 1870-1913

Las décadas que abarcan el fin del siglo XIX y el principio del XX tienen, como Jano, dos rostros, y si uno de ellos mira hacia el futuro y anuncia el maquinismo, la industrialización y la vida moderna, el otro, más soñador, se vuelve hacia el pasado, hacia épocas más ingenuas, menos desarrolladas, más primitivas. De allí nace la atención otorgada entonces al arte popular y folklórico, el entusiasmo por el prerrafaelismo, movimientos como los Barbus o los nazarenos. También de fines del siglo XIX y no de las primeras décadas del XX, como comúnmente se cree, proviene el interés por los objetos de países primitivos, Africa, Nueva Guinea, Sudamérica¹. Ello es producto de una actitud general de la época que valoriza lo primitivo histórico, lingüístico, artístico, científico.

Esa vuelta a contracorriente, es manifestación del antirracionalismo de fin de siglo, y, paradójicamente, se nutre de los estudios científicos que se llevan entonces a cabo. Las teorías evolucionistas heredadas del darwinismo orientan una búsqueda de orígenes más bajos en vez de más altos, pues la marcha hacia atrás desemboca, inevitablemente, en la busca de lo más primitivo que pueda haber; la base, los orígenes; ¿qué más primitivo que los comienzos del arte, de la literatura, de las razas humanas... ? El mito de los orígenes invade la sensibilidad finisecular y se encuentra, abierta o subterráneamente, en todas las manifestaciones artísticas, científicas y literarias de la época.

Uno de los caminos que esta tendencia tomó en el siglo XIX, fue el estudio de las civilizaciones orientales antiguas. Eran éstas la cuna de la humanidad, lugares de nombres míticos y bárbaros: Babilonia, Nínive,

¹ En la segunda mitad del siglo XIX se forma un núcleo de museos etnológicos en Berlín, Londres, Roma y París. El primero se concibe en París en 1854, tras la anexión de la Nueva Caledonia, pero no es sino hasta la Exposición de 1878 cuando se forma el primero, el presente Trocadero. Lo que fue al principio un interés etnológico, en los últimos años del siglo se convierte en artístico.

Asiria, Egipto, Caldea. Desde luego, estos temas se habían estudiado durante el romanticismo, pero había sido con fines mayormente pintoresquistas. Ahora, la reevaluación de estas culturas aportaba un cambio radical de puntos de vista que llevaba a un renovamiento de problemáticas desde planos filosóficos y sociopolíticos por una parte, desde planos estéticos y literarios por otra.

El oriente entero brotó de pronto en Europa con una intensidad tal que Schwab no duda en afirmar que se trataba de un verdadero «Renacimiento oriental²». Todas esas antiguas civilizaciones se vivifican. El oriente islámico se estudia seriamente. Arabia se enriquece con el descubrimiento de la literatura preislámica y Persia con el conocimiento de las edades premusulmanas, el zendá, el pehlevi, el cuneiforme. Egipto presenta el prestigio de sus ideogramas, el de la adivinación y la magia. Además, el fulgurante descubrimiento de Champollion a principios de siglo, convierte la egiptología casi en un mito. Así, en España, publicaciones tan populares como *La Vanguardia* estudian el origen del obelisco³, y *La Ilustración Española y Americana* detalla las vicisitudes del Mueso Bulacq en El Cairo⁴. El público español se familiariza con el arte egipcio a través de las conferencias de José Ramón Mélida⁵. Y no sólo se estudia esta civilización, se especula sobre las «Ruinas de la torre de Babel», y Ramiro Fernández Valbuena intenta comprobar la historia sagrada a través de los últimos descubrimientos arqueológicos⁶. Todas esas antigüedades llevan a ver a la cultura occidental desde una nueva perspectiva. Un mundo que se creía único se encontraba de pronto ahogado entre un total de civilizaciones, el presente abrumado por la multiplicación de pasados.

De todos los países, iba a haber uno con mayor ascendiente. Presentaba más que ninguno la Diferencia con Occidente, poseía un pasado que aún estaba vivo, una antigüedad de ayer, de hoy y de siempre. Un mundo total ante la herencia greco-romana: la India.

El acontecimiento empieza en Europa con los descubrimientos lingüísticos, y se puede trazar a 1771 cuando Anquetil Duperron publica el Zend Avesta. Esta es la primera vez que se logra forzar una de las lenguas ma-

² RAYMOND SCHWAB, *La Renaissance orientale* (París, 1950).

³ M. MASPERO, «El obelisco, su origen y significación», *La Vanguardia*, 21, N° 6840 (27 sept, 1901), 4-5.

⁴ *La Ilustración Artística*, 7, N° 333 (14 mayo, 1888), 166-7 y «La odisea de un faraón», *La Ilustración Española y Americana*, 26, N° 32, (30 agosto, 1882), 126-7. Véase también *Ibid.*, 43, N° 7 (22 febrero, 1899), 105-6, 113. *Ibid.*, 25, N° 5 (8 febrero, 1881), 88. Véase la portada de *Ibid.*, 24, N° 48 (30 diciembre, 1880), *La Ilustración de España*, 4, N° 35 (15 septiembre, 1887), 277. También *La Ilustración Artística*, 6, N° 298 (12 septiembre 1897), 350-1.

⁵ Véase al respecto *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 7, N° 7 (julio 1903), 69-71.

⁶ *Egipto y Asiria resucitados* (Toledo, 1895-1901). Véase también *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 4, N° 8 y 9 (agosto-septiembre 1902), 204-7.

duras de Asia. Ello porta su fruto cuando treinta años más tarde, William Jones traduce los primeros textos sánscritos auténticos. Después, los acontecimientos se suceden vertiginosamente y el mundo europeo se da cuenta del valor de esos hallazgos. Edgar Quinet compara a los manuscritos hindúes con *La Iliada* y *La Odisea*, el joven Hugo invita a los poetas románticos a inspirarse en dos fecundas fuentes, la Edad Media y el Oriente, y Schopenhauer, más tarde, ratificaría: «La influencia de la literatura sánscrita en nuestro tiempo no será menor que la del renacimiento de las letras griegas en el siglo XV»⁷.

En España el engolosinamiento por la India es general. De inmediato repercuten las ideas de Max Müller, Eckstein y Schlegel. «La India es quien puede enseñarnos, más que ningún otro país, el desarrollo del espíritu humano», dice la revista *Sophia*⁸, e *Hispania*: «la India fue la civilización que ostentó el cetro del saber humano y escribió el *Mahabarata* y el *Ramayana*, y que habló el sánscrito, la lengua madre del griego y del latín»⁹.

Se revalorizan la estética del arte y la literatura hindú. Así, Ganivet, en su libro, *Importancia de la lengua sánscrita*, habla extensamente sobre la poesía de la India antigua¹⁰. Este país aportaba una verdadera resurrección de lo arcaico, una estética donde el principio de lo perfecto e inmutable debían sustituirse por el de lo abrupto y lo imprevisible. Así, Pompeyo Gener califica aquella literatura de fantástica, imposible de abordar intelectualmente: «Pretender explicar esas mitologías colosales... es lo mismo que querer fijar las formas de las nubes en el cielo, acumuladas en día tempestuoso. La inteligencia queda desconcertada... En la India, la historia se ahoga en el mito. Ante el anillo de sandrococtus, el de los nibelungos es de una sencillez transparente»¹¹.

La admiración por aquel país provoca una serie de obras literarias españolas, por ejemplo, el largo poema de José Antich, *Andrógino*,¹² crónicas de viajes,¹³ «*Els deus*», poema filosófico de Apeles Mestres¹⁴, y, desde luego, la más importante, la novela de Juan Valera, *Morsamor*¹⁵.

⁷ En el prólogo al *Mundo como voluntad* (1^a ed. 1818).

⁸ JXH, «Dos civilizaciones», *Sophia* (1901), 55-61. Véase también P. Gener «De Kant a Nietzsche», *Joventut*, 9 (12 abril, 1900), 810.

⁹ ANTONIO CORTÓN, «La India inglesa en fotografías», *Hispania*, N° 35 (30 junio, 1900), 255-6.

¹⁰ ANGEL GANIVET, *Importancia de la lengua sánscrita y servicios que su estudio ha prestado a la ciencia del lenguaje en general y a la gramática comparada en particular* (Madrid, 1892). Véase también «Revista de revistas», *La lectura* (enero, 1903), 156 y (marzo, 1903), 163.

¹¹ POMPEYO GENER, «Crónica europea», *Pel y Ploma*, 1, N° 12 (15 noviembre, 1900).

¹² (Barcelona, 1898).

¹³ ALFREDO OPISSO, *Viajes a Oriente* (Barcelona, 1898).

¹⁴ *Pel i Ploma* (1903), 55.

¹⁵ Cyrus De Coster traza la composición de esta novela a los años que van de 1887 a 1892. Véa-

Pero de todas las causas de atracción a la India, la más poderosa era por considerarla, más que un país, una página de los orígenes del mundo, de la historia primitiva del género humano. Esto interesaba a la vez a teólogos, escritores, poetas, arqueólogos. Fue Herder, quien, seducido por el *Sacountala*, iba a propagar la noción de la India como la cuna de todas las divinas infancias humanas. A partir de entonces, la Europa «blasée» del siglo XIX, sedienta de edades de oro, se fabricaría una India primitiva tal como aparece en la novela de Valera. Allí, el personaje central, Morsamor, desciende por la escala de los tiempos para remontarse más allá de lo primitivo, a aquellos pueblos «donde persistían y florecían aún la poesía y el saber y el arte de las edades divinas, cuando entendían los hombres que estaban en comunicación con los dioses y los genios»¹⁶. Opisso también en su viaje, encontraría huellas de un pasado secular, aldeas donde aún prevalecen costumbres inmemoriales, anteriores al derecho escrito, y construcciones prehistóricas o protohistóricas¹⁷.

Las ideas de Schlegel se extendieron por España. Este discípulo de Herder percibía en los primitivos una fusión de lo titánico con la dulzura, y establecía el parentesco entre India y Alemania preparando una cierta concepción de la historia universal que anuncia la llegada del comparativismo¹⁸. Son ideas que afloran en los escritos de Castelar; la India como patria de los brahmanes, «sabedores de los primeros misterios, reveladores de ideas desconocidas y provenientes de templos que se diría fundados sobre la eternidad»¹⁹. En la novela de Valera, se constata el parentesco entre India y Occidente. Sin duda, dice un Mahatma a Morsamor, «eres puro, y legítimo descendiente de egregios hermanos nuestros que en edad remota emigraron hasta las últimas regiones de Occidente desde la verde falda del Paropamiso»²⁰.

Las investigaciones científicas también intentaban demostrar ese parentesco, como lo vemos en el trabajo que Agustín María Gibert presentó

se «Un fragmento inédito de una versión más antigua de la novela de Valera *Morsamor*», *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, 27 (julio, diciembre, 1956), 138-142. Valera escribió varias obras inspiradas en la India. Véase Sherman Eoff «Juan Valera's Interest in the Orient» *Hispanic Review*, 6 (1938), 193-205.

¹⁶ JUAN VALERA, *Morsamor* (Barcelona, 1970), 56.

¹⁷ ALFREDO OPISSO, 74.

¹⁸ SCHLEGEL, *Über die Sprache und Seisheit der Indier* (Heidelberg, 1808). Schlegel hace de la India la cuna de la pureza primitiva, y reanima un parentesco entre la India y Alemania. En esos primeros años del siglo cuando el patriotismo de los suyos se mueve hacia el pangermanismo escribe que Europa debe todo a las invasiones de bárbaros despreciando a los pueblos latinos.

¹⁹ EMILIO CASTELAR, «El helenismo y su fundador en la religión y el arte. Estudios filosófico-religiosos», *La Ilustración Artística*, 7, N° 349 (3 septiembre, 1888).

²⁰ *Morsamor*. 204.

ante la Sociedad Arqueológica de Tarragona²¹, donde pretende encontrar esa relación por medio del estudio de objetos prehistóricos encontrados en Tarragona.

Se establecían lazos de unión entre civilizaciones bien distantes, las asiáticas y las americanas, por ejemplo, basándose en similitudes mitológicas y arquitectónicas. Ello se puede ver, por ejemplo, en varios estudios de la época, los de Edmundo González Blanco, Sánchez Calvo y Pablo Patrón²².

En la literatura aflora también esa temática. En la *Sonata de estío* de Valle Inclán encontramos estas mismas impresiones. A México se dirige el aventurero Marqués de Bradomín para sepultarse en las ruinas del imperio azteca, entre esos «restos ciclópeos que hablan de civilizaciones, de cultos, de razas que fueron y que sólo tienen par en ese misterioso cuanto remoto Oriente»²³. La niña Chole es a menudo comparada con Salambó, la sacerdotisa de Astarté en la novela cartaginesa de Flaubert, ella sonreía «con la gracia inquietante de una egipcia, de una turania». Tenía la quietud extática y sagrada «de la raza maya, raza tan antigua, tan noble, tan misteriosa, que parece haber emigrado del fondo de la Asiria»²⁴.

Una de las más interesantes derivaciones polémicas de las teorías sobre el origen de las razas, las lenguas y las religiones concierne directamente a España. En el siglo XIX, la atención concedida al mito de los orígenes dirigió la mirada de Europa al pueblo vasco. El euskera era una lengua que por su antigüedad y diferencia con los otros idiomas parecía ser un fósil de la lingüística, y de su estudio surgieron un sinnúmero de teorías entre etnólogos, lingüistas y humanistas sobre el origen del pueblo vasco.

En general se podían clasificar en dos grandes preguntas: ¿Eran los vascos los descendientes directos de los iberos? y ¿cuál era el origen del pueblo vasco independientemente de si son los antiguos iberos o no? No faltaban las teorías que les atribuían ser descendientes directos de los arios y otras más fantásticas como veremos a continuación.

²¹ *Boletín arqueológico* (Tarragona), 2, N° 2 (septiembre y octubre 1903), 186-202, «Discurso leído por el socio D. Agustín María Gibert en la solemne sesión pública de la Sociedad Arqueológica Tarraconense celebrada el 11 de diciembre de 1902».

²² EDMUNDO GONZÁLEZ BLANCO, «La evidencia histórica del signo de la cruz», *La España Moderna*, 18, N° 206 (1 febrero, 1906), 63-85. PABLO PATRÓN, *Perú primitivo* (Madrid, 1903). Véase LECTAMER, «Bibliografía», *La España Moderna*, 15, No. 179 (noviembre, 1903), 144. ESTANISLAO SÁNCHEZ CALVO, *Los nombres de los dioses. Indagación acerca del origen del lenguaje y de las religiones a la luz del euskara y de los idiomas turanos* (Madrid, 1884).

²³ Publicada en Madrid (1903). Nos referimos a la edición de México (1969), 43.

²⁴ *Ibid.*, 46.

La nutrida bibliografía²⁵ que existe al respecto va desde los estudios monumentales y arqueológicos sobre las provincias vascongadas de Amor de los Ríos, donde se considera que allí no hay construcciones anteriores al período románico, hasta las discusiones de Joaquín Costa en *La poesía popular española y Mitología y literatura celtohispana*.

En general, los euskaristas que atribuían un origen ibero a los vascos (Garibay, Poza, Echave, Larramendi), se refunden en las de Humboldt y en su tesis a favor del iberismo.

Las teorías sobre el origen étnico de los vascos se basaban en la lingüística comparada y había hipótesis verdaderamente peregrinas, como la de Pablo Pedro de Astarloa, que daba un valor ideológico a las letras en vascuence y hallaba ese idioma de origen divino²⁶. *Euskal-Erria, revista vascongada*, era el portavoz de esas ideas²⁷.

En esas teorías, Unamuno tomó una actitud razonable y sobria. Hizo varios estudios sobre ese tema, y en particular, su tesis doctoral *La raza vasca y el vascuence*²⁸. Se queja allí de la «manía del aryanismo», y de la tendencia a ver en los vascos «misteriosas y recónditas corrientes, envolventes entre brumas y nieblas, crearnos un ciclo heróico... hacer pasar por tradiciones fantásticas leyendas²⁹».

La llave con la que Europa contaba para desentrañar el pasado humano era la lingüística, y el *Veda* era la fruta más codiciada. En España aparecen estudios sobre los trabajos de Schlegel, Bopp, Klaproth, Lassen, Müller, Ekstein: y a ejemplo de aquellos investigadores, vemos a Morsamor, en la obra de Valera, tratando de romper el secreto de lenguas herméticas y primitivas. Se advierte en ellas su valor mágico, el poder que les viene de su pureza, pues no están, como nuestros idiomas modernos gastados por la razón y el uso. «No he de negar yo lo muy ingeniosos que son las invenciones de nuestra era... Todo ello se explica con facilidad por el entendimiento humano... En cambio, las invenciones primitivas son las que no se pueden explicar humanamente... ¿Quién inventó el habla? ¿Quién la escritura? Estas y otras cosas por el estilo son las que no se comprenden ni explican sin acudir a la enseñanza y a la revelación de Dios mismo, de los ángeles o de los genios³⁰». Siempre se asevera en la novela el poder

²⁵ Véase la recopilación y comentario de esta bibliografía en la tesis doctoral de Unamuno *La raza vasca y el vascuence* (Madrid, 1884), en *Obras completas*, VI (Madrid, 1958).

²⁶ Cit. por UNAMUNO, «La cuestión del vascuence», en *Obras completas*, III, 561-81, publicado originalmente en *La Lectura* (septiembre, 1902), 19-13 (octubre, 1902), 153-64.

²⁷ Véase por ejemplo, *Euskal-Erria*, N° 47 (30 agosto, 1902), 186, y *Ibid* (1902), 345-51.

²⁸ Reunidos en el volumen VI de las *Obras completas* bajo el título de *La raza y la lengua*.

²⁹ UNAMUNO, «El espíritu de la raza vasca», en *Obras completas*, IV, 209.

³⁰ *Morsamor*, 168.

de esos idiomas incorruptos que se va perdiendo poco a poco a través de los siglos:

El ensalmo del alquimista eran unas palabras

que se han ido conservando por tradición oral... palabras del idioma primitivo que se hablaba mucho antes de Abraham, en Ur de los Caldeos, y aun antes... La clave de este idioma se perdió ya... Una antiguo rey de Nínive, llamado Asurbanipal, formó una biblioteca de libros escritos en esta lengua, que era ya una lengua muerta, como el latín hoy entre nosotros, pero los libros... eran ya de una época de gran decadencia, cuando el mencionado primitivo idioma estaba corrompidísimo... En cambio, las palabras que yo he dicho son del idioma primitivo y puro, y no son signos arbitrarios, sino que tienen relación íntima y sustancial con los objetos que expresan o designan. De aquí el alboroto, la agitación y el tumulto de todas las cosas creadas cuando tales palabras se pronuncian³¹.

La palabra así considerada es elevada a la categoría de mantra que transmitida por la cadena ininterrumpida de los maestros representa la más fiel aproximación a las vibraciones creadoras. Una lengua normal no tendría ese poder, son idiomas profanos, gastados, inaptos al juego de correspondencias, extranjerías a los valores numéricos de las letras, cerrados a especulaciones metafísicas.

Uno de los investigadores más interesantes de aquellos años es Estanislao Sánchez Calvo, autor de los libros *Filosofía de lo maravilloso primitivo*, y *Los nombres de los dioses. Indagaciones acerca del origen del lenguaje y de las religiones a la luz del enskara y de los idiomas turanios*³². El llega a la idea de una humanidad original, y plantea el problema de la lingüística en frases similares a las de Valera: «las palabras que hoy empleamos son monedas desgastadas por el roce de los siglos, pero que habiendo sido acuñadas en aquellas épocas remotas en donde no alcanza ningún otro monumento histórico, nos permiten descifrar en su carcomida leyenda lo que pensaron, filosofaron y creyeron las primitivas gentes». Por la lingüística comparada Sánchez Calvo pretende llegar a la lengua primitiva «de la cual brotan los nombres de los dioses»³³.

No es éste el momento para extendernos sobre ello, pero podemos señalar hasta qué punto las aspiraciones de la nueva literatura estaban próximas a lo que estaban llevando a cabo la lingüística, la mitología comparada y la ciencia. Nos damos cuenta de porqué Valle Inclán habla del en-

³¹ *Morsamor*, 96.

³² (Madrid, 1889) (Madrid, 1884).

³³ Cit. por JULIO CEJADOR en «El mitógrafo, D. Estanislao Sánchez Calvo», *Helios* (1904), 100.

canto que el vasco tiene para él por traerle ecos de la edad de piedra de la Humanidad, comprendemos los intentos de Mallarmé de volver a dar a la palabra el sentido de la tribu, y las frases de Gregorio Martínez Sierra: «Las palabras... han caído de su primitiva nobleza y están villanamente oscurecidas y deformadas... y la misión de esto que llamamos modernismo literario... imagino que está en el trabajo de restauración, de regeneración, de reennoblecimiento de las palabras»³⁴. Así exclama también Rubén Darío: «Las voces que oigo, la música que me penetra y las formas y colores que veo... vienen del fondo de los siglos, y me llegan ahogadas, esfumadas, y desteñidas por el largo viaje a través de muchas generaciones»³⁵.

Como se ve por lo anteriormente expuesto, España comparte con Europa una obsesiva búsqueda de los orígenes. Se busca el origen de todo: de la lengua, las sociedades humanas, el arte, la música. Unamuno encuentra esto último en el aurrrescu vasco: «himno de movimientos corporales, primitiva aspiración al ritmo »³⁶, y Valera en la India: «Al oír estas trompetas se entrevé y se adivina la relación conocida en lo antiguo y desconocida hoy, entre la música y la arquitectura... No parece milagro, lo que se cuenta de Anfión erigiendo al son de la música las murallas de Tebas... y Josué derribando las murallas de Jericó a trompetazos»³⁷.

Los arquitectos de fines del siglo XIX también estaban obsesionados por la búsqueda de lo primitivo, Eric Mendelsohn, Le Corbusier, Adolf Loos³⁸, todos teorizaron al respecto, y no es coincidencia el hecho de que, por aquellos años, la arquitectura de Gaudí desembocó en un primitivismo que pretende recapturar la fuerza de la naturaleza. La Casa Milá, llamada La Pedrera (1905-10), es una perfecta eclosión de las fuerzas naturales con sus chimeneas y respiraderos que recuerdan el arte de los pueblos primitivos. En el parque Güell (1900-1914), la piedra se trata como corteza de árbol tallada por las manos inhábiles de hombres remotísimos.

La constitución de una ciencia de los orígenes se logra en el siglo XIX. Llega el momento en que el país y la cultura no interesan sino por su raíz y su origen, y mientras más alejado en los siglos, mejor. Es el momento de Frazer, cuya *Rama Dorada* se difundió mucho en España³⁹, y de los

³⁴ G. MARTÍNEZ SIERRA, «El poble gris de Rusiñol», *Ibid.*, I, N° 2 (1903), 386-7.

³⁵ Cit. por SONYA A. INGWERSEN. *Light and Longing. Occultism, Heterodoxy and Modernism*, Manuscrito de tesis doctoral no publicada (University de Texas, 1982).

³⁶ MIGUEL DE UNAMUNO, *Paz en la guerra*, en *Obras completas*, II, 201-2.

³⁷ *Morsamor*, 182-3.

³⁸ Véase Le Corbusier, Charles Edouard Jeanneret, *Vers une architecture* (Paris, 1926), 53-55, y Adolf Loos, *Gesammelte Schriften I* (Viena, 1962), 302-3.

³⁹ Véase la larga reseña en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 7, N° 4 (abril, 1903), 423-26 por G. Desdevises du Dezert. Véase también John B. Vickery, *The Literary Impact of the Golden Bough* (Princeton, 1973).

otros teóricos del mito, Freud, Durkheim, Jung⁴⁰. En *La Vanguardia* se discuten por Vidal y Jubert las teorías de Creuzer y su monumental obra *Symbolik und Mythologie des alter Volker, besonders des Griechen*, donde se aplican procedimientos comparatistas a los cultos antiguos⁴¹, y se llega a la hipótesis de que los mitos son la expresión de símbolos más antiguos de una *prisca* religión, obsesión que se une con la de la *prisca* lengua, *prisca* raza, *prisca* poesía.

En realidad, esa busca prolonga y completa la busca naturalista del origen de las especies, el sueño del biólogo por llegar al origen de la vida, el esfuerzo del geólogo y del astrónomo para entender el origen de la tierra y del universo. Es significativo que los comienzos de la historia comparada de las religiones se sitúe a mediados del siglo XIX, en el momento en que la propaganda materialista y positivista llega a su máximo. Comte publica su *Catechisme positiviste* en 1852, y Buschner su *Kraft und Stoffe* en 1855, allí pretende demostrar que el alma y el espíritu son funciones orgánicas. Es al año siguiente cuando Max Müller saca sus *Essays in Comparative Mythology*, primer libro de religiones comparadas. En 1859 aparece *The Origin of Species* de Darwin, y en 1862 *First Principles* de Spencer. Pero mientras tanto, la historia de las religiones avanza rápidamente: de Müller *Lectures on the Science of Languages*, y en 1871 Edward Burnett Taylor en su *Primitive Culture* hacen una brillante reconstitución de los orígenes de las creencias religiosas. Es significativa esa sincronicidad entre ideologías materialistas y el interés creciente por las formas arcaicas de las religiones.

Por una parte, se podía llegar a opiniones positivistas, en las que se acordaban bien el materialismo y un optimismo mesiánico basado en la creencia de una evolución ilimitada. Por otra, se llegaba a teorías como las aceptadas por Valera en su novela, concediendo origen divino al universo. Hay en *Morsamor* ecos de Schlegel y Schelling sobre la incorporación de los elementos de tradiciones mitológicas de toda la humanidad en una santa humanidad primitiva. Valera, a lo largo de la novela, muestra las similitudes entre el budismo y el cristianismo que verifican, para él, la concepción de un dios único y la unidad fundamental de tradiciones, de ritos, de escritos y de cantos: *Morsamor*, el héroe de la novela, encuentra esta revelación en las palabras de un himno del *Rig Veda*, letanía que loa

⁴⁰ FRAZER, *Golden Bough* (2ª ed. 1900), *Totemism and Exogamy* (1910); Freud, *Totem and Tabu* (1913), Jung, *Wandlungen und Symbole des Libido*, LEVY BRUHL, *Les Fonctions mentales dans les sociétés inférieures* (1910).

⁴¹ (Leipzig und Darmstadt, 1810-1812). Para la discusión de estas ideas véase J. Vidal Jubert, «La ciencia mitológica», *La Vanguardia*, 18, N° 5287 (21 enero, 1898), 3; N° 5297 (2 febrero, 1898), 4; N° 5306 (6 febrero, 1898), 4; N° 5313 (16 febrero, 1898), 4; N° 5333 (8 marzo, 1898), 4; N° 5351 (26 marzo, 1898), 4; N° 5344 (19 marzo, 1898), 4.

a un dios único como principio de todo, y ello le hace comentar: «En las antiguas edades, los hombres acertaban a veces por estar más cerca de la revelación primitiva, o porque alambicaban menos y no se quebraban de puro sutiles, o porque la mente de ellos, no abrumada acaso con la carga de lo observado y experimentado, levantaba el fácil vuelo a las esferas superiores y era capaz de una inspiración inocente y casi divina». En el *Rig Veda*, «el vate de los primeros tiempos busca a Dios, le columbra y le admira en las cosas creadas, y le reconoce y le adora»⁴². Valera está aquí haciéndose eco de las teorías de Max Müller que pensaba que el *Rig Veda* reflejaba una fase primordial de la religión aria, y por ello uno de los estados más arcaicos de las creencias religiosas⁴³.

De todo lo anteriormente expuesto podemos sacar algunas conclusiones. Se puede afirmar primeramente, que la vuelta a los orígenes asiáticos del hombre es una de las obsesiones del siglo XIX. Con ello, panoramas enteros de geografía ideológica, cultural y estética se incorporan a la mentalidad europea. El valor supremo del clasicismo y de la cultura mediterránea deja de ser absoluto. Los herederos de los griegos, asombrados ante esas inextricables civilizaciones, ante esos dioses multiformes de gestos divergentes, incorpora como válidas las nociones de lo extraño y lo incongruente, de lo primitivo y de lo exótico.

En la búsqueda de los orígenes destaca la introducción de culturas antes tachadas de bárbaras que ahora cuestionan la vida occidental. Desde lejos, desde el origen de los siglos, llegan otros postulados que niegan las antiguas dicotomías maniqueas, y he aquí que ahora el cristianismo se hermana con el budismo, el vasco con el hindú, lo bello con lo grotesco, la lógica con lo irracional.

Esa recuperación de los pasados del hombre es en gran parte una vuelta a la sombra, una interrogación a lo desconocido y misterioso. Una Europa agotada por la inteligencia vuelve la mirada a las zonas oscuras, a las partes nocturnas del espíritu humano, y encuentra un pasado común a la humanidad para dar cuerpo a ese *Sehnsucht* del caos. Dioses policéfalos de la India, dragones chinos, serpientes caldeas; lo mítico se impone sobre lo histórico, lo inconsciente, lo monstruoso, lo grotesco sobre lo lógico.

Todo comenzó por la lingüística, sobre la torre de Babel, el hombre del siglo XIX trató de reconstruir el paraíso primitivo. Pero esa búsqueda

⁴² *Morsamor*, 254 y 273.

⁴³ Sin embargo, ya en 1870 Abel Bergaigne demostraba que los himnos védicos eran por el contrario, obra de una casta de sacerdotes extremadamente refinados y cultivados. Véase Max Müller *Origine et développement de la religion étudiée à la lumière des religions de l'Inde* (París, 1879).

estaba ligada a oleadas constantes de descubrimientos que mostraban continuamente que nunca se llegaba al fondo, al primitivo absoluto, y que cuando se sospechaba haber llegado, éste no era sino un relativo, un sedimento más que guardaba otros por debajo. Con ello se llegó a apreciar no los valores encontrados sino la movilidad misma de esa evolución a contracorriente.

El encuentro de pasados comunes acaba también con la idea de civilizaciones cerradas, de países, tribus o razas circunscritas. Lo primitivo adquiere una dimensión espacial y ya no es una área geográfica determinada ni una época, sino algo común que hermana todo, lo sumerio se une a lo mexicano, lo ibero emparenta con lo ario. Habla *Helios*: «el idolillo de Pachamac parece tallado por artistas de la segunda ciudad de Pentápolis de Schliemann, las cerámicas son de forma perfecta y análogas a las de Micenas o a las de la civilización fenicio chipriota». Menéndez Pelayo puede reconocer en los símbolos babilónicos las invocaciones gnósticas y el dragón de los abraxas. Se lleva a cabo la recuperación de los pasados humanos y la circunnavegación del globo lingüística, filosófica y estéticamente permitiendo así meditar en «la unidad de la especie humana, y la íntima relación de las civilizaciones... en la lejanía de la prehistoria»⁴⁴.

LILY LITVAK

University of Texas-Austin

⁴⁴ CARLOS NAVARRO LAMARCA, «Arte antiguo», *Helios* (1904), 54-8.